

Semillas y Huellas



Verona Adamo

*“Semillas
y
Huellas”*

*Historias de mi pueblo
y de su gente*

Verona Adamo

*Esta tirada artesanal de 55 ejemplares fue
realizada gracias al apoyo y al aporte de la
Municipalidad de Cortaderas
Octubre 2017*

*Diseño y Diagramó este libro: Roxana “Apu”
Vassolo*

Tapa artesanal : Gráfica Indomable, Cortaderas.

*Dedicado
con infinita
gratitud
a mis Padres.*

“Semillas y Huellas”

PRÓLOGO

Hace trece años me establecí en Carpintería junto a mi familia. Exilio elegido tierra adentro, en busca de una vida más apacible que la que vivíamos en la locura del Gran Buenos Aires. Luego de un ida a la ciudad y vuelta a la sierra por pocos meses; emprendí un viaje de crecimiento personal a la Patagonia, estableciéndome en Puerto Madryn durante un año y medio. Después de este impase, en mayo del año pasado regresé a San Luis.

Me alegraba el reencuentro con afectos entrañables, pero ponía gran resistencia para volver y quedarme. Recorrí gran parte de la provincia en busca de un lugar donde intentar echar raíces nuevamente; miraba mapas, pensaba en los lugares que ya conocía y más me gustaban, aunque también me tentaba descubrir otros nuevos.

Un amigo que reside en San Luis capital, con total disposición y generosidad me llevó todo un día a viajar por lugares bellísimos de esta provincia. Conocí Suyuque y Nogolí, crucé las Sierras de San Luis y deleitándome con una paleta de diferentes verdes, grises y marrones que se intercalaban con agua y cielo, pura naturaleza viva.

Me empaché de cortaderas, esas plantas con penachos, hojas filosas y largas cayendo en cascadas, que una y otra vez aparecían en el camino.

Tonos ocres pincelaban a Trapiche, con sus senderos que suben y bajan escondidos por los vericuetos de sus callecitas. Atravesamos más pueblos, fotografié diques, lagos y arroyos; y al atardecer de ese miércoles patrio, volvimos a nuestro punto de partida en la capital puntana.

Esa noche repasé mentalmente los lugares recorridos, casi todos nuevos para mí. Miré las fotos una y otra vez, y volví a ver las cortaderas, rodeándome; mientras un par de preguntas cada vez más insistentes hacían ruido en mi cabeza:

“¿Será una señal? “¿Será Cortaderas el lugar...?”

Algunas semanas después, una fotografía en la vidriera de una inmobiliaria de Carpintería atrajo mi atención: un algarrobo añejo lucía imponente en medio del verde de un loteo, y detrás de él, la sierra. Me dirigí a otra inmobiliaria y pregunté si tenían terrenos en venta hacia el sur. La mujer que me atendió, me ofreció el mismo loteo que acababa de ver. Sonreí y le pregunté si podíamos ir a verlo. Acordamos el día y fuimos. Cuando llegamos, en vivo y en directo se erguía ante mí el algarrobo de la foto. Estaba más apagado y menos frondoso, era casi invierno, pero su presencia irradiaba algo especial.

Recorrimos los terrenos y al llegar al lote que vi en el plano de mensura, sentí que no hacía falta buscar nada más. Ese sería mi lugar, construiría el nido que me cobijaría en esta nueva etapa de regreso a San Luis. Allí le daría vida a lo que tanto anhelaba volver a tener: mi hogar.

Pasaron los meses, aún me costaba integrarme, no conocía a nadie. Necesitaba sentir el lugar, conocerlo para poder quererlo y sentirme parte. Y en este proceso de búsqueda de pertenencia, llega “Historias de mi pueblo y de su gente”. Preguntar nombres, caminar por las calles, golpear las manos y llamar a la puerta de cada protagonista; rescatar vivencias del pasado, dignificar el presente y la sabiduría de la experiencia; atesorar y preservar cada

testimonio como algo sagrado, porque sin lugar a dudas, así lo es.

A casi un año de aquel hechizo con sabor a algarrobo y a tan sólo veinte días de haberme mudado a “Eternidad”, mi casa, mi lugar de retiro y paz; deslizo las palabras que irán tejiendo la trama de esta historia, en homenaje reverente a algunas de las personas que han dejado una impronta en este hermoso lugar que es Cortaderas.

Con infinita gratitud por cada semilla y cada huella.

*Verona Adamo “Trotamundos”
Zorzales del Dique
San Miguel, Cortaderas, San Luis
Junio de 2017*

veronaadamo@gmail.com

*“Honra tu camino,
fue tu decisión,
y en la medida que respetes el
suelo que pisas,
el suelo respetará tus pies.”*

Paulo Coelho

“Semillas y Huellas”

El sol despierta la mañana, mientras espero la única línea de colectivo que me llevará hasta el corazón del pueblo donde comienzo el itinerario de historias. Me desvíó del recorrido planeado y entro a una escuela por bibliografía sobre la historia de Cortaderas.

Me recibe Ivana, la preceptora del turno tarde y luego se acerca Sergio, el regente. Un lindo reencuentro con él, nos conocimos hace algunos años

estudiando italiano. Les comento mi inquietud; y sin querer, diálogo con el señor director del colegio secundario, Mario Emilio Vega. Nacido en Justo Daract, y a poco de su inminente jubilación, me cuenta que allí funciona actualmente la Primera Escuela Técnica, creada hace unos cinco años, ante la necesidad de la población del lugar y atrayendo a estudiantes de los pueblos aledaños. Quienes concluyen los siete años de estudio, egresan con el título de Maestro Mayor de Obras.

En esta provincia como en tantas otras de nuestro país, cuando se erradicaron las escuelas técnicas, los talleres se convirtieron en

cementerios de máquinas. El desafío es recuperar la enseñanza de los oficios, se necesita gente joven con mano de obra calificada.

Años atrás, en la escuela de Cortaderas se enseñaban manualidades y algunos oficios.

Es imperioso que los estudiantes vuelvan a encontrar dónde canalizar esas necesidades latentes, llevan innato lo que necesitan para empezar: ganas, fuerza, juventud. Están estimulados, pero muchas veces quedan truncados esos anhelos, ya sea por la deserción escolar en los años más avanzados; por la falta de espacio físico donde implementar con la práctica, los conocimientos teóricos

adquiridos; por el acompañamiento minoritario por parte de las familias. Necesitan referentes y contención, ante las amenazas que lamentablemente llegan a todos lados, la droga y el alcance de otros vicios, que en vez de liberar al hombre, lo someten a sus más bajas miserias.

La educación es uno de los escalones más importantes para elevar al ser humano, la superación es constante y no existen los límites. Sigo respirando tizas y pizarrones en la escuela primaria N° 278 Franklin Lucero. Traspasar sus puertas es como transportarme a treinta y cinco años atrás, cuando egresé de la escuela con guardapolvo blanco. Pisos de

mosaicos, los típicos pupitres de antaño, corredores amplios y paredes empapeladas con afiches.

Busco la secretaria o la dirección, y una mujer sale a mi encuentro, es la directora del lugar, y con ella converso unos minutos. María Inés Aparicio, ocupa este cargo desde el año pasado y alguna vez fue alumna de allí. Sus mejores recuerdos en la escuela se remontan a los juegos en la niñez, la hamaca, la calesita y los trompos.

Me habla de otras personas que pasaron por allí, algunos son los mismos nombres que tengo en mi lista. Al salir me doy una vuelta por el jardín de infantes, la alegría del

juego y del aprendizaje lúdico, la algarabía de los más pequeños con sus sueños. No es momento para interrupciones, hay niños comenzando a aprender. Le agradezco a la señora Alejandra su atención y continúo mi camino.

Una larga acequia atraviesa veredas y costea cercos; huelo pinos y eucaliptos. Las acacias y los fresnos vestidos de otoño, paso por el frente de la estancia San Ramón, algunos dicen que en esta propiedad de Franklín Lucero, y en su exilio, Juan Domingo Perón pasó por allí. Frente a ella, la casa donde veraneaba el maestro Ernesto Sábato, su familia aún viene a descansar aquí.

Me dirijo hacia el Centro de Salud, para encontrarme con la señora Gladys Vieyra, enfermera; recuerdo las palabras de Viviana Bonfiglioli, profesora del taller literario al que asistía en San Luis: “Veronita, caminá por la vida como si fueras una turista, mirando y saboreando cada momento, lugar y experiencia”.

Y con esos pensamientos a flor de piel, llego a la salita de atención primaria. Una mujer vestida con ambo bicolor, me dice que ella es a quien busco. Espero unos minutos y con sencillez y calidez comienza a responderme, compartiéndome su “libro” de vida. Nació en el campo, en Aguas Blancas, de pequeña viajó a

Villa Mercedes a estudiar con una señora que le enseñaba, terminó la secundaria y se fue a Mendoza con un hermano, donde hizo un curso de auxiliar de enfermería. Trabajó allí durante algún tiempo y regresó a San Luis. Vivía en la sierra, salía a las cinco y media de la mañana para llegar al pueblo a las ocho. La ruta era de tierra, a veces la traía un sulky, otras venía caminando.

Es madre adoptiva de una mujercita que ya le dio un nieto. Su hija del corazón, salió del vientre materno recibida por las manos de Gladys, quien asistió a la parturienta en una vivienda precaria en la sierra. Al mes, Gladys volvió para

visitar a esa familia, y encontró a la beba desnutrida sobre un cuerito en una cama, al hermanito de la niña jugando con una víbora y una abuela, prácticamente yaciendo en silla de ruedas. Ante ese cuadro, su instinto materno pudo más y se llevó a la beba, a quien luego adoptó legalmente.

No tuvo hijos propios, ¿no los tuvo...?. Crió a un sobrinito desde bebé hasta los siete años, porque su madre estudiaba magisterio. Años más tarde, una trabajadora social llegó a su vida con dos hermanitas en estado calamitoso de abandono. Se hizo cargo de la beba de un año y otra pequeña de cuatro. Hoy, son

adolescentes, tienen problemas de salud, y Gladys remueve cielo y tierra para brindarles una mejor calidad de vida. Gladys recuerda con gratitud a un policía, el oficial Eduardo Andrada, a quien le aplicó un inyectable y él se encargó de pedir ropa para estas niñitas.

Mientras escuchaba su testimonio, mis lágrimas también brotaron y ambas nos dimos un fuerte abrazo, como mujeres, como madres y dadoras de vida. Simplemente ser personas, ni más ni menos que eso: SER y darnos a nosotros mismos por el prójimo, donde sea que ocupemos un lugar.

El encuentro con Gladys me movilizó demasiado, caminar algunas cuadras me sirvió para recuperarme y continuar hasta la bicisenda que sale del pueblo, hojas rojizas y ocres de un liquidámbar, campanitas violáceas y fucsias enredadas en los alambrados, las ramas de los aguaribay meciéndose, hay molles, algarrobos, chañares, espínillos, retamas y otras plantas introducidas. Estancias, campo y pinos. Aves.

Escucho una mezcla de bachata y folcklore. Un sol cálido, olor a hierba fresca y a resabios de lluvia, ladrillos de adobe y construcciones nuevas, antenas de wi-fi y teléfono, transformadores, bicicletas,

camionetas. Dos hombres a caballo bajando por una calle de tierra, escoltados por un auto que levanta polvareda. Lo autóctono y lo foráneo. La tradición y lo moderno.

Llego a la casa de María Elena, quien va a buscar a su madre de ochenta y tres años, aunque según el documento, ya cumplió los ochenta y cuatro. Doña Prenda. Se llama Adela Presentación Aparicio, hace unos días la nombraron por segunda vez, ciudadana ilustre de Cortaderas. Nació en Potreros, Córdoba, fueron doce hermanos y ella la octava hija. Vivió en la sierra y muy orgullosa me dice con total convicción que se volvería a ir a la sierra. En Río de los

Sauces, estudió hasta segundo grado. Jugaba con muñecas de trapo, en la casa ayudaba con la cría del ganado y elaboraba quesos. Cazaba zorrinos, los cuereaba y secaba. Amasaba pan para vender en las minas, cargaba leña, vendía yuyos, iban a buscarla para cortar paja y techar, esquilaba a la par de los hombres. Es zurda. Una vez, ella solita cazó a un puma, y como pensaba que no iban a creerle, lo ató a un tabaquillo.

Es apasionante escuchar su relato, una vez se perdió en la sierra, caía piedra, se hizo de noche y se desorientó. Así como me cuenta sobre la receta de remedio casero para aliviar al pecho de catarros.

Colaboraba en la escuela, haciendo mate cocido para los chicos, hacía empanadas para las jineteadas en los pueblos vecinos, vendía rifas. Laura, una sobrina presente en esta charla, recuerda los pastelitos más exquisitos que comió en su vida, los de su tía. Dice que cuando doña Prenda bajaba a caballo, se sentaba de costado y lo único que se veía era su cabello, ya que los pajonales tapaban el resto de las figuras.

Una vida sufrida y de servicio, y ella siempre agradecida, enseñando a sus hijos a serlo y a defenderse en la vida dándoles un estudio, contando las moneditas perdidas en el fondo del monedero para remendar

necesidades, así como lo hacía con la ropa y las zapatillas. Su hija dice que el monedero de su madre tenía un olorcito especial. La llaman la abuela de todos los chicos.

Ni las nevadas en la sierra la detuvieron, ni las penurias de malos momentos, su espíritu humilde, su compromiso con la vida, su cariño por sus hijos y sus nietos. Un ida y vuelta de amor y respeto. Me enseña a pedir la bendición a los “viejos”, y me la da con un “Que Dios la bendiga”.

Qué más puedo pedir, terminé con las emociones exhaustas y con el alma llena por escuchar relatos de vida que merecen ser oídos.

Qué hermosa reflexión para cerrar este día ya de noche: “Levantarse y seguir a pesar de los obstáculos es la mejor sabiduría y uno de los más difíciles capítulos del arte de vivir.” Así reza el recordatorio que recibió en su último homenaje.

Pasan los días, y otra historia de vida con un aporte muy rico para la comuna de este pueblo, la de Ricardo Oscar Urrozola. Un hombre de sesenta y siete años, oriundo de Concarán.

Me sitúa en tiempo y espacio, al decirme que en el año mil novecientos sesenta y cuatro, cuando llegó aquí no había nada, ni luz ni agua potable.

Sólo grifos de Obras Sanitarias de la Nación, en la escuela y en el correo. Se proveían de agua con aljibes y acequias. Imagino el lugar, a medida que me sumerjo en “su lugar y su época”, donde la plaza estaba cercada por libustrinas y alambrados, y en las esquinas había molinetes para que no pasen los caballos.

Me siento como si fuera protagonista de un capítulo de la familia Ingalls, al escuchar que con un carro a caballo buscaba turistas que llegaban en tren a Concarán y a Santa Rosa. Las reservas a las posadas y hoteles, se hacían a través de las cajas de ahorro en el correo.

Ricardo, me cuenta que en el correo, comenzó como mensajero, cuando su padre lo trajo y lo dejó a los catorce años. Menciona a José Wilfredo D`Andrea, quien era el jefe de correo y a Esteban Rodríguez, el cartero, quien se encargaba de las cartas y encomiendas; mientras el mensajero, únicamente de los telegramas y cartas expreso.

Se comunicaban por telégrafo con el famoso código Morse. Fue telegrafista y guardahilos. Salía a recorrer los hilos por si se cortaban y al ver las letras en los sobres, reconocía la caligrafía sobre quién escribía.

Años más tarde, asumió como intendente comisionado del

municipio, fue reelecto y al dejar la intendencia, volvió al correo. Fue diputado por un par de años. Y con cuarenta años de servicio, dejó el correo por retiro voluntario.

Como sabía dactilografía, en el servicio militar fue escribiente de enfermería, y por decreto unánime, aprendió a tomar la tensión arterial, aplicar inyecciones y hasta suturar.

Hijo de padre mozo y madre cocinera, es a su vez padre de un hijo chef, otro músico y una hija profesora de danzas, y orgulloso abuelo de ocho nietos. Hace dulces caseros, chorizos y un locro delicioso, según me han contado, además de estar siempre dispuesto como enfermero del pueblo

cuando alguien le pide que le tome la “presión”.

Habla de Cortaderas con mucho cariño, dice que tiene belleza por su clima y sus arroyos, resalta la tranquilidad del lugar y el afecto de la gente. Alguna vez la nostalgia, quiso hacerlo volver a Concarán, pero ya no. Con voz de hombre sabio, reflexiona que si de algo se arrepiente, es de haber aprendido a fumar.

Nos despedimos agradeciéndonos mutuamente este intercambio en el cual quedaron muchas riquezas, y le agradecemos a Ana quien cordialmente nos cedió un espacio en su lugar de trabajo para que podamos

conversar tan afablemente, y allí me enteré también que alguna vez en ese espacio funcionó la comisaría.

Cuánto para seguir hilando la historia de apenas un pedacito de este terruño y terminar la tarde con la señora “Pochola”, cariñosamente así identificada desde siempre, aunque su nombre es Mercedes Guardia. Con setenta y ocho años recién cumpliditos, como me dice, nació en La Paz, Córdoba. Vive con sus seis gatos, y desde los dieciocho años que se recibió de Maestra Normal, dedicó su vida a la que fue su profesión y vocación.

Hija de un hombre autoritario que trabajaba en las minas y vendía animales, y una madre modista y ama de casa; dejó su casa paterna a los veinte años con la bendición maternal. Se vino soltera, sin novio ni nada. Trabajó en varias escuelas en pueblos de la zona, hasta que en mil novecientos sesenta, llegó a Cortaderas, cuando la empresa de transporte Sierras Cordobesas pasaba por el frente de la casa donde ahora estamos sentadas recordando y reviviendo fragmentos del pasado. Vivió dos años en la escuela, en la vivienda del director, donde compartió casa con otras docentes, hasta que se casó. Al principio no

tenían mesa ni sillas, con su esposo se sentaban en la cama y comían con el plato en la mano. De esa unión nacieron sus dos hijos. Como las maestras suplentes no tenían derecho a usar licencias, a los cuatro días de nacer su hija se reincorporó al aula, y un par de meses después, quedó titular en su cargo.

Además de cumplir con su función como maestra de escuela, junto con las demás docentes, se hacían cargo del servicio fúnebre cuando alguien fallecía: hacer mortajas, vestir al muerto, acondicionar la habitación. Lo más difícil era cuando se morían “los angelitos”, los niñitos de tierna edad, a quienes también vestían. Si no

había telas para hacer el atuendo, se lo confeccionaban de papel crepê, una coronita de flores naturales o de papel, alitas para que volase al Cielo y un cordoncito torneado con hilo de algodón, con siete nudos, porque se decía que cada nudo pisaba el angelito para llegar al Paraíso. Durante dos años viajó a San Luis, para hacer un curso de perfeccionamiento para aspirar a un cargo directivo.

Pochola me dice: -“Yo fui la ley, nada de democracia ni de diálogo conmigo, pero hoy me saludan con cariño”. Recuerda los primeros días de clase, las reuniones de padres con las normas escolares y el estar

presentes para izar la bandera. Parece que las cosas han cambiado, y que ahora, muchas veces llegan tarde tanto niños como docentes.

Se emociona al recordar un paseo con sus alumnos a la Villa de Merlo. No disponían de mucho dinero y fueron a pasar el día y a una heladería. Una niña le dijo: “Señorita, yo no conocía Merlo”. Ni tampoco nunca había tomado helado, ni sabía cómo se pedía.

Esa tarde las bocas de esos niños se llenaron de sabores de helados y sonrisas.

Y mientras Pochola revive aquel día, su alma vuelve a sentirse plena por la tarea cumplida.

Pasó angustias, soledades, preocupaciones como cada uno de los mortales; luchó con un cáncer de ovario y le ganó la batalla; le soltó la mano a su esposo cuando la muerte se lo llevó; pero su espíritu, su coraje, su carácter rebelde, la hicieron una mujer fuerte y valiente. Se enfrentó a un “viejo bravo y borracho” que llevaba un látigo, y a un alumno adolescente que llevaba un cortaplumas, dos veces hizo respiración boca a boca a dos niños que sobrevivieron, preparaba alumnos sin cobrarles un peso, y definitivamente había que tener un temple de acero para vestir “angelitos”.

Dice que sí, cerrando los ojos volvería a ser maestra.

Al despedirnos le dije que ojalá llegue a su edad con el mismo espíritu indomable que ella. Nos estrechamos en un abrazo muy fuerte, sabiendo que las dos hablábamos el mismo idioma.

La noche había llegado, basta por hoy.

La tarde apacible me invita a recorrer Villa Elena, otro mágico rincón de Cortaderas. Se siente la humedad del lugar y el fresco más acentuado, mientras camino en subida por la calle de tierra, el sonido del agua que fluye por la acequia, las hortensias que esperan volver a

florecer en estaciones venideras para ornamentar las veredas. Una capilla en lo alto de una loma, parece salida de una estampita de Comunion de antaño. En otras épocas, este lugar se llamó Quebrada del Molino, y hacia el heredero de esas piedras de molino, me dirijo: don Jesús Bernardino Devia, un pionero del lugar, con prolifera descendencia. Me recibe Edith, una de sus hijas mayores, y luego se suma Graciela, su segunda esposa. Él llega con sus impecables ochenta y cuatro años, se levanta de una siesta breve y me cuenta parte de su historia. Fue hijo único, con tan sólo ocho años quedó huérfano de padre, y una promesa a su querida

madre fue la palabra que cumplió a lo largo de toda su vida: jamás se iría de ese lugar. El que es hoy el “Hotel Villa Elena”, empezó siendo un rancho de adobe y paja, la casa de su infancia, donde su abuela empezó el hotel con una pieza y un baño. Al principio el lugar era una posta y con sus propias manos levantó las paredes del hotel, mientras siempre tuvo presente las palabras de su madre: “Hijo, hay que ganar el pan nuestro de todos los días...”

Estudió hasta cuarto grado, fue jardinero, trabajó como obrero golondrina donde sea que hubiese trabajo, fue a Buenos Aires a las cosechas de maíz, crió chivas en la

sierra, cultivó hortalizas, tuvo enjambres, juntaba yuyos para la empresa “Cachamai”, peperina, tabaquillo; también trabajó en las minas.

Tuvo una empresa familiar criando pollos, hacía dulce de frutas, y aún hoy los sigue haciendo.

Mientras seguimos la charla, su hija prepara el mate de la tarde con el infaltable sabor a peperina, me convida galletitas con dulce de higos hecho por su padre. Y una anécdota risueña que recordaré de esta tarde maravillosa; sentada en la reposera del jardín, con una mano sujetando la galleta con dulce, tambaleo y la silla se bambolea hacia un costado, siento

que ya no hay salida, la caída al pasto es segura; hasta que la mano fuerte de don Bernardino me ataja casi en el aire, devolviéndome a mi lugar. Todavía tiene fuerza para levantar a una mujer, es el comentario mientras estallan las risas. Podría haberme caído pero no iba a soltar la galletita con el dulce de higos.

Un placer escucharlo decir: -“Si tengo un vicio, eso es trabajar. Me han dicho que sonso, pero ellos murieron y yo sigo disfrutando...”

Don Bernardino reflexiona sobre la vida del lugar, me dice que antes había unión entre los pueblos, ahora hay competencia. No puede quedarse

quieto por mucho rato, y ahí va hacia alguna pared que necesita de las caricias de sus brochas.

Me despido de él y de su hija, mientras su mujer me acompaña a ver las piedras del molino. Un cantero de cosmos y un lirio violeta, me acercan un mensaje desde el Cielo, lo sentí como una bendición de mi padre. Él cultivaba esas flores. Lo tuve muy presente en toda la charla con don Bernardino, lo escuchaba a él y parecía ver a mi querido viejito, quien me transmitió la cultura del trabajo, el esfuerzo de sol a sol para que nada faltara, la huella que queda en el cuerpo por tanto sacrificio, y la innegable dignidad por llevar a la

mesa con total honestidad, el pan de cada día.

Y al bajar por la calle principal de Villa Elena, voy en busca de don Adán Aparicio, un hombre con juventud acumulada, a poco de cumplir noventa y tres años. Fueron trece hermanos, nació en la sierra y allí vivió hasta los quince años, en un puesto llamado “La cañada larga”, un arroyo pasaba por el frente, el mismo arroyo que llega al dique Píscu Yaco. Me cuenta que a los once años ya trabajaba, fue compañero de cosechas de don Bernardino y juntos trabajaron en las minas.

Juntaba maíz, espiga por espiga, un verdadero trabajo de hormiga. Nunca fue a la escuela, no tiene títulos ni oficios. Una de sus hermanas iba a la escuela, y con ella conoció las letras y los números. Tuvo dos hijos y uno nonato.

Conversamos apoyados en el mostrador de su almacén, una joven turista entra a comprar pan casero, un jugo y algunas golosinas. Él la despacha, muy despacio se desplaza apoyado en su bastón, anota en un papel los precios de la mercadería y suma directamente lo anotado allí. Le cobra, mientras observo la escena.

Me dice que tiene mal la columna, y ahora está inútil para caminar, es el

resultado de levantar tantas bolsas, tanto peso durante años. Siempre le gustaba volver con la familia, después de ausencias prolongadas por trabajar afuera, y si no había mucho trabajo, cortaba yuyos, juntaba lana y cuero.

Tiene el almacén desde hace años, en la escuela le compraban la comida para los chicos, y él se daba cuenta cuando la mercadería realmente iba para los niños o cuando alguien se quedaba con alguna parte...

Sus ojos brillan cuando recuerda los bailes, y ni que hablar cuando menciona a su moto, dice que la segunda moto en Cortaderas fue la suya. Siempre anduvo a caballo y a

pie, no sabía andar en bicicleta, y menos en moto, pero cuando logró comprársela aprendió a los golpes.

Don Adán afirma que para el amor no hay edad, desde hace quince años, está en pareja con Sofía, su compañera. Y como su amigo Bernardino, reivindica otro de sus amores a lo largo de toda la vida, el trabajo: -“Donde había trabajo yo me iba a trabajar”.

Doña Mecha no sabe que voy; hablé por teléfono con Cristina, una de sus acompañantes y acordamos la visita.

Mercedes “Mecha” Olga Vélez de D’Andrea, con sus ochenta y ocho años, me recibe en la cocina de su

casa. Es la hora del té y compartimos un par de infusiones que gentilmente nos prepara Cristina, mientras se remonta en el tiempo y en un acontecimiento puntual: por primera vez se jura la Bandera en Cortaderas. Fue para un 20 de junio. Ya estaba jubilada, después de ejercer como maestra y directora durante tantos años.

Su residencia aquí, data del año mil novecientos cincuenta y tres. Se casó en Villa Dolores, y tuvo cinco hijos. Su padre era maestro, le gustaba escribir y fue archivista en Córdoba, su madre era ama de casa.

Mecha siempre fue una mujer con participación activa en la comunidad

y en la Iglesia. Recuerda que estaba barriendo la cocina mientras hablaba con una señora amiga sobre la posibilidad de organizar el juramento a la Bandera. Sin pérdida de tiempo y muy decidida, se contactó con un sacerdote amigo, el Padre Aníbal, capellán de la 5º Brigada Aérea de Villa Mercedes, quien a su vez habló con el Comodoro de esa Brigada y así se armó el desfile.

Ese 20 de junio, la cocina se llenó de militares y tenientes, todas las comunidades aledañas estuvieron presentes, se hizo el desfile y una misa de campaña. Por primera vez, juraron las mujeres. Aún hoy recuerda las palabras de unos

vecinos: “No creo poder ver otra fiesta tan hermosa como ésta.” Todos colaboraron para adornar el pueblo, sola no podría haber hecho nada.

Con emoción menciona la fiesta de San José, el patrono del pueblo, y la gente que hacía donaciones para el mate cocido de los chicos de catequesis. Alguna vez, Mecha armó un comedor que funcionaba en la escuela, también recibía donaciones, y una vez por semana la cocina y un aula de la escuela, se prestaban para saciar el hambre de personas muy humildes.

Le pregunté a Mecha que mensaje le gustaría dejar plasmado, y me respondió: -“El respeto sobre todo, la

unión en la familia, imitar a la Virgen y a San José, la Sagrada Familia, que cese la violencia, que Dios nos ayude...”

Hablamos con Cristina y Mecha sobre rescatar el valor de lo logrado, el valor del sacrificio por una meta.

Testimonio de gente con grandeza y valores, con humildad de corazón; gente que no le tuvo miedo al trabajo; y en varios de ellos, su cuerpo molido, es el testimonio vivo, de ese esfuerzo y sacrificio. Lo que definitivamente levanta a un pueblo es el trabajo, la honestidad y la entrega. Hay necesidad de familia como institución principal y vital, para que el ser

humano pueda desarrollarse; hay necesidad de educación para recuperar valores que dignifiquen y escuchar con respeto, la sabiduría y la experiencia de nuestros mayores. Creo que volvernos hacia ellos, es uno de los pilares fundamentales para evitar que todo se vaya por la borda.

Me pidieron que vuelva a visitarlos, les prometí volver, y lo haré.

*A todos ellos, gracias
por dejar una
impronta invaluable y
por hacernos
replantear cómo
vivimos.*

*Gracias, a los que ya
se fueron y nos
dejaron su legado,
su semilla y
su huella.*



En medio de un proceso personal de búsqueda de pertenencia, llega “Semillas y Huellas”, palabras que tejieron la trama de esta historia, en homenaje reverente a algunas de las personas que han dejado una impronta en este hermoso lugar que es Cortaderas.

Preguntar nombres, caminar por las calles, golpear las manos y llamar a la puerta de cada protagonista; rescatar vivencias del pasado; dignificar el presente y la sabiduría de la experiencia; atesorar y preservar cada testimonio como algo sagrado, porque sin lugar a dudas, así lo es.

Con infinita gratitud por cada semilla y cada huella.

Verona Adamo